

Caminantes por *la* ciudad que nunca duerme

Isabel DURÁN GIMÉNEZ-RICO

Universidad Complutense de Madrid
idurangi@filol.ucm.es

RESUMEN

En estas líneas se presentan diferentes visiones de Nueva York, la ciudad más grande y con mayor población de los EEUU. Diferentes caminantes metafóricos que han recorrido, a través de sus páginas autobiográficas, tanto los rincones físicos reales como el “alma” y el significado simbólico de la primera urbe del mundo occidental. Concretamente, me centro en las autobiografías de dos escritores judíos, Alfred Kazin y George Steiner, que en sus textos han caminado por el tiempo y el espacio de Manhattan. De la profecía de George Steiner y de la alegoría de Herman Melville en *Moby Dick* pasamos en la última parte del ensayo a examinar ciertos rasgos simbólicos del atentado del 11 de septiembre en Manhattan; porque la ciudad de Nueva York es otra desde entonces.

Palabras clave: autobiografía, Nueva York, Alfred Kazin, George Steiner, *Moby Dick*.

ABSTRACT

In the lines that follow I present different visions of New York; the largest and most populated city in the USA. I focus on two metaphorical walkers who have toured, through their autobiographical pages, both the physical corners, and the “soul” and symbolic meaning of the first city in the western world. Those two walkers are the Jewish writers and critics Alfred Kazin and George Steiner, who, in their memoirs, have wandered across time and space in the hectic city that never sleeps. From George Steiner’s prophetic words, and Herman Melville’s allegory in *Moby Dick* we proceed, in the final part of the essay, to examine certain symbolic features of 9/11; the terrorist attack that altered the soul of New York.

Keywords: Autobiography, New York, Alfred Kazin, George Steiner, *Moby Dick*.

Nueva York, la ciudad que nunca muere, la gran manzana, es, sin duda alguna la ciudad del siglo XX. Hay imágenes que ya son parte del imaginario colectivo de todo el occidente, como la Estatua de la Libertad, que Francia donó a esa ciudad con motivo del centenario de la independencia de los Estados Unidos en 1886; o el legendario puente de Brooklyn, que une el barrio de Brooklyn con Manhattan; o la Isla de Ellis, que vio llegar a millones de inmigrantes desde 1880 en adelante; o cómo no, la cinematográfica bestia King Kong salvando la vida de su bella mientras se encarama al Empire State Building. Seguramente, no hay ninguna otra ciudad en el mundo que se haya convertido, como Nueva York, en imagen de todo un siglo y de toda una nación.

No es de extrañar, pues, que por ella haya caminado la pluma de tantos y tantos escritores de la literatura clásica norteamericana. Tantos, que sería inútil tratar de nombrarlos a todos ellos. Simplemente tomando el curso de literatura norteamericana que enseñé en mi asignatura de *Prosa y Ficción de los EEUU de 1850 a 1950*, observo que aparte de la poesía de Walt Whitman, varias de las novelas que leen mis alumnos son “New York Novels”: me refiero a *The House of Mirth* o *The Age of Innocence*, de Edith Wharton; *Washington Square*, de Henry James; *Maggie, a Girl of the Streets*, de Stephen Crane; y *The Great Gatsby*, de Scott Fitzgerald. Claro, que el citado curso podría continuar con las novelas de Don DeLillo; con *The Bonfire of the Vanities*, de Tom Wolfe; con *American Psycho* o *Jazz*, de Toni Morrison; con *Ragtime* o *City of God* de E. L. Doctorow, o con *Brooklyn Follies* de Paul Auster. Y es que Nueva York ya no es sólo una ciudad. Es la metáfora de toda una nación; la sinécdoque de todo un imperio que ha dominado y domina el mundo.

En estas líneas trataré de presentar diferentes visiones de la ciudad más grande y con mayor población de los EEUU. Diferentes caminantes metafóricos que han recorrido, a través de sus páginas, tanto los rincones físicos reales, como el “alma” y el significado simbólico de la primera urbe del mundo occidental. Concretamente, me centraré en algunos caminantes por el tiempo y el espacio de Manhattan. El de antes y el de ahora. En este sentido, presentaré los paseos autobiográficos por Nueva York de dos escritores judíos. No olvidemos que si en 1880 había menos de 100 000 judíos en Estados Unidos, en 1920 había más de cuatro millones. De hecho, ese éxodo masivo convirtió a América en el mayor núcleo de población judía del mundo. Y muchos de esos cuatro millones se quedaron en Nueva York y en sus barrios, Brooklyn o Queens, ya que entraban a los Estados Unidos por la Isla de Ellis (hay en esta isla un maravilloso museo que lo explica todo). Hablaremos de Alfred Kazin y sus memorias en *A Walker in the City (Un caminante por la ciudad, que da título a mi intervención)* y de George Steiner y su *Errata*.

Alfred Kazin nació en 1915 en Brooklyn, Nueva York y fue un aclamado crítico literario e historiador de la cultura. Kazin perteneció a otra América muy distinta de la actual; a una fascinante generación de escritores y críticos conocidos como los “New York Intellectuals”, cuya influencia se extendió a lo largo de tres décadas, desde los años 30 a los 60 del siglo pasado. Muchos de ellos eran judíos; hijos de padres inmigrantes de clase trabajadora, y muchos iniciaron su viaje hacia la elite intelectual americana desde la *City University* de Nueva York. Es difícil imaginar

hoy al Nueva York de aquellos tiempos; una ciudad cuajada de ideas, de círculos de intelectuales que eran amigos a la vez que rivales. Alfred Kazin conocía a Irving Howe, que conocía a Dwight McDonald, que conocía a Lionel Trilling, que conocía a Edmund Wilson, que era el marido de Mary McCarthy, que conocía a Clement Greenberg, etcétera.

El libro más aclamado de Alfred Kazin es *On Native Grounds (En tierra nativa)*, publicado en 1942, seguramente por lo inolvidable de las conversaciones de este hijo de inmigrantes, de este “outsider”, con los nativos Hawthorne, Whitman o Emily Dickinson. Su obra creativa más conmovedora, sin embargo, es su autobiografía de infancia *A Walker in the City* (1951), un libro escrito en plena madurez intelectual de su autor. El libro está escrito como un viaje de regreso al Brooklyn Neoyorquino; al gueto judío de Brooklyn –Brownsville– donde el chaval nació y vivió hasta que sus ansias de estudiar y de conocer el “beyond”, el “más allá”, le llevaron a Manhattan y a la cima de la intelectualidad. De adolescente, nos cuenta el narrador, Alfred solía encaramarse al puente de Brooklyn para observar los rascacielos de Manhattan, que eran símbolos de la vida pública a la que él quería acceder, lejos del gueto judío.

Recuerdo que la primera vez que leí *A Walker in the City* no conocía Nueva York. Tampoco existía internet. Pero fue tanta la curiosidad que despertó en mí la descripción detalladísima de esas calles de Brooklyn que compré un plano de la ciudad de Nueva York para seguir con el dedo el itinerario que el viajero nos va marcando en cada página. Y es que la memoria que pone en marcha el autor de *A Walker in the city* es una memoria espacial y sensorial, más que temporal. El caminante narrador y el caminante niño de otrora se unen para volver a percibir cada olor, cada color, cada ruido, cada acento extranjero, cada rostro, cada curva, cada esquina, cada casa, cada vecino de aquel Brooklyn de los años 20. Y el caminante se reencuentra con su madre en la cocina de su casa, y vuelve a hablar yídish con ella, y vuelve a entrar en la sinagoga del barrio para leer la *Biblia* en Hebreo, y vuelve a encontrarse con Mrs. Solovey, la Anna Karenina del barrio que era su Dulcinea particular, con la que hablaba francés porque, decía ella, “Hablar una lengua extranjera es escapar de uno mismo” (Kazin 1951: 127).

Esta autobiografía, pues, es tanto sobre los deseos de aquel Alfred niño de salir del barrio, como sobre los deseos del Alfred Kazin adulto de regresar a su pasado, a sus raíces judías, a su lengua y su cultura que abandonó en su afán de americanizarse para poder acceder a la vida pública que soñaba. Y, por tanto, el autor descubre y describe una doble odisea en su escritura; la odisea que el joven Alfred emprende hacia América, y la odisea mental que el Kazin adulto inicia para resolver su desasosiego y su sentimiento de pérdida, regresando a los locales de su pasado. ¿Cómo logran los dos yoes llevar a término estos dos viajes de búsqueda?: gracias al acto solitario de caminar. De recorrer calles que nos aclaran la razón de nuestros actos; que nos responden a las preguntas que antes nunca nos hicimos y que ahora nos atormentan. Cada calle, cada tienda, cada rincón del Brooklyn de su infancia, sirve para iluminar un recuerdo concreto y especial que había permanecido oculto bajo la oscuridad del olvido. Y los olores, los tactos, los sonidos y visiones se convierten en metáforas de autodescubrimiento. Es decir, el acto de caminar por Nueva York, en

el que Kazin se une a otros caminantes americanos que le han precedido –Roosevelt, Thoreau y Whitman– se convierte en metáfora del Yo, por utilizar la terminología de James Olney en su libro *Metaphors of the Self*.

En definitiva, la autohistoria en *A Walker in the City* no es continua y lineal, sino espacial; y el pasado no es un tiempo, sino un lugar, Nueva York. Y la revelación que tiene Kazin en su acto autobiográfico, la epifanía que inevitablemente aparece en todo texto de descubrimiento personal, tiene que ver con la reconciliación de opuestos: de “los gentiles y nosotros”; de “ellos y nosotros”. Y el bellissimo puente de Brooklyn que separa Manhattan de Brownsville es el que actúa también como puente metafórico ente “ellos” y “nosotros”, cuando el escritor y crítico, que ya pertenece al “ellos”, camina lentamente sobre él para regresar imaginativa y físicamente al “nosotros”; un nosotros del que sigue formando parte, después de todo.

A Walker in the City obtiene su título, su tema y su estructura del acto de caminar, y el libro, de hecho, nos presenta a un judío-norteamericano caminando por el mundo y aprendiendo sobre la marcha qué significa ser parte de ese mundo. Este mundo se expande hasta incluir en él a toda Nueva York –sus calles, sus museos, sus cines y teatros, sus parques, sus barrios, sus bibliotecas y universidades, sus puentes y estaciones de metro, y por extensión también incluye a toda América, la del pasado y la del presente. Y es que Manhattan, como en tantas otras obras literarias, se convierte en el símbolo de América en el imaginario del chico judío que un día salió del gueto para hacerse americano.

Pasamos a continuación a hablar de George Steiner, humanista del siglo XX, al que he escogido en esta ocasión por ser un comparatista; por pertenecer a la “Filología Moderna”, en el sentido más estricto del término. “Mi madre, que era profundamente vienesa, tenía la costumbre de empezar una frase en una lengua y de terminarla en otra” (Steiner 2001: 105), escribe Steiner en su autobiografía. Una línea como para caracterizar al propio Steiner, profesor, crítico y escritor que representa al mundo judío culto centro-europeo, ese mundo que le dio un sello indeleble a la cultura moderna. Trilingüe desde la cuna, sus idiomas maternos son el inglés, el alemán y el francés. Y su obra, la explicación de la literatura y del pensamiento, ya es parte de las grandes interpretaciones del siglo XX. No es de extrañar que le concedieran el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2001.

Nacido en Viena en 1929, tras la anexión de Austria a la Alemania de Hitler, la familia Steiner se refugia en París, donde George vive hasta que Francia es invadida por las tropas nazis. En 1940 la familia se exilia en Estados Unidos, y allí George Steiner se nacionaliza y prosigue su formación en el Liceo francés de Nueva York. Educado en Estados Unidos, estudia matemáticas y física en Chicago y Harvard, se doctora en Oxford y se orienta hacia la literatura y la filosofía. Apuesta por la literatura comparada, materia que desde entonces ha sido su campo de trabajo. Profesor visitante ocasional en las universidades de Nueva York y Princeton, su escenario intelectual se inicia en la Universidad de Ginebra y culmina en Cambridge, donde ha impartido clases como catedrático hasta hace muy pocos años.

Errata es su autobiografía intelectual. Lo cual quiere decir que se trata principalmente de una odisea de la mente; un viaje hacia su pensamiento y sus búsquedas intelectuales. Quizás las páginas más atormentadas son aquellas que dedica a su condición de judío y a meditar sobre el sentido de serlo. De ahí el doble significado del título, *Errata* del “judío errante” (“errar” porque se carece de hogar), pero también “errar” de equivocarse. Y es que, teniendo en cuenta su profunda honestidad, también hay en *Errata* una enumeración de sus limitaciones y sus errores.

¿Por qué parajes reales e imaginativos camina este judío errante y sabio, este inagotable aventurero de la mente? Pues su libro es un apasionante viaje hacia los clásicos, hacia la música, las letras, hacia el origen de sus libros, hacia la traducción como viaje de una lengua a otra, hacia las religiones que han marcado su vida espiritual. También hay viajes reales, lugares epifánicos que se han clavado en su memoria de manera indeleble. Como si de una guía de viajes se tratara, Steiner nos revela los lugares a los que, como a los clásicos, siempre regresa. Son espacios con *genius loci*, con ese espíritu del lugar, que, como un relámpago de conocimiento espontáneo, transforma un paisaje en “paisaje interior”, en reorientación de la conciencia. Y uno de esos lugares es, como no podría ser de otra manera, Nueva York.

El primero de esos lugares es un pueblo cuyo nombre prefiere no revelar, y al que llama N., en la campiña francesa, donde este “coleccionista de silencios” se construyó su casa rural para escuchar el silencio. Una casa a la que va en vacaciones y en la que, seguramente, hoy vive su jubilación. El segundo lugar, totalmente distinto al remanso de paz francés, es nada menos que la calle 47 en Manhattan, entre la Quinta y la Sexta Avenidas, un hervidero constante. El espíritu de este lugar lo halla Steiner en el hecho de que

Las tribus de la calle 47 parecen surgidas de Babel. El enjambre de voces que inunda el aire es una mezcla de hebreo, yídish, polaco, ruso y ucraniano, salpimentado con ráfagas de inglés de Manhattan, de Brooklyn y del Bronx. (Steiner 2001: 182)

No es de extrañar que la neoyorquina calle 47 sea destino favorito para un trilingüe que opina que Babel, la supuesta maldición bíblica, fue en realidad una bendición; que Pentecostés no es sino el cuerno de la abundancia derramada sobre la especie humana en forma de don de lenguas. Y es que Steiner, una vez más, utiliza una calle neoyorquina como sinécdoque: porque esa calle 47 multiétnica y polilingüe no es sino el microcosmos de una nación también multiétnica y también bilingüe, por mucho que los políticos se empeñen en defender las políticas del “English only”.

Nada humano le es ajeno a este último humanista del siglo XX, cuyas memorias se publicaron en 1997, cuatro años antes del horror que cambiaría la faz de la tierra. Y por eso también se atreve a profetizar en el capítulo 8 de *Errata*, dedicado a analizar los horrores que han marcado al siglo XX. Y dice en la página 153 de la edición española:

Pese a la homogeneizadora ubicuidad de los medios planetarios, las diferencias siguen siendo profundas. El fundamentalismo, esa ciega embestida de simplificación, de comodidad infantil o de disciplina impuesta, avanza de manera imparable. Las democracias occidentales están cada vez más asombradas ante el Islam y son más vulnerables a éste... Parece posible que los siglos venideros presenciarán violentos conflictos entre culturas irreconciliables, entre visiones del mundo antitéticas. (Steiner 2001: 153)

Pues bien, esa profecía se hizo tristemente realidad un 11 de septiembre de 2001. Por eso, como americanista, me veo obligada a mencionar este horrible evento. Y es que todos los críticos coinciden en señalar que hay un antes y un después en la historia reciente de los estudios culturales en Norteamérica, marcada para siempre por el “nine/eleven”. Miles de vidas humanas fueron destrozadas ese día 11 de septiembre. Pero también fue destrozado *el símbolo*, el World Trade Center de Nueva York. El simbolismo del WTC ha sido ampliamente discutido: esas torres gemelas, esos rascacielos que eran fundamentales para la belleza del perfil de Manhattan, se ha dicho, representaban el orgullo americano, su poderío, su grandeza, el monopolio del poder global. Esas dos torres fálicas, orgullosamente erectas y desafiando a las leyes de la gravedad, esos dos símbolos de dominio, arrogantemente verticales, fueron un día penetrados por dos aviones con forma de arpón, y quedaron convertidos en cenizas. No importa cuántas imágenes del 11-S veamos, la que siempre permanece y permanecerá en nuestra imaginación es aquélla en la que el avión está a punto de, metafóricamente, penetrar el cuerpo de América para destruirla con su eyaculación de fuego y gasolina. Si la gente de mi generación tenía como imagen del horror la seta de la bomba atómica, no hay duda de que la imagen del horror para toda esta generación es y será la de las torres gemelas de Nueva York.

Pues bien, un mes después de los ataques, cuando tenía que explicar *Moby Dick* en clase a mis alumnos, vi la simbología de esas dos torres de forma mucho más diáfana. Mi mente creó todo un símil literario que creaba un puente entre lo que había ocurrido en Manhattan y lo que Melville había imaginado y escrito 150 años antes. Estaba claro: el World Trade Center *era* Moby Dick. Como la ballena, era un misterioso símbolo de poder que tenía que ser derrotado, que debía ser atravesado por el arpón de un hombre enloquecido que buscaba venganza, que tenía que demostrarse a sí mismo y a su tripulación que la ballena no era omnipotente, después de todo. Este capitán Ahab del siglo XXI también había, finalmente “golpeado al sol”, tras innumerables viajes alrededor del mundo, y tras muchos años de preparación para planear su victoria. Además, la tripulación que viajaba en ese avión-arpón también estaba destinada, como la tripulación del barco Pequod de la novela, al suicidio inevitable.

Pero volvamos a Melville y a la gigantesca alegoría sobre la condición humana que construye en su celeberrima novela: la visión apocalíptica de una lucha entre el bien y el mal, que conmociona intensamente al lector. *Moby Dick* es un himno poético, metafísico, inserto en una ceremonia siniestra y feroz, lleno de interrogantes tanto para los lectores como para el resto de los personajes. Para el Capitán Ahab, todo se trata de aniquilar a la ballena, y a Melville le lleva todo el libro hablar de

ello, de esta lucha titánica entre un hombre desquiciado y un monstruo tan inalcanzable y misterioso como indestructible, y quizás en el capítulo 42 “La blancura de la ballena”, se encuentre el secreto para hallar la explicación a tanto ensañamiento; tal vez en dicho capítulo lo logremos, a través de la simbología que Melville inyecta a una leyenda casi sin parangón en la literatura universal. Citaré a Melville una única vez. Para el Capitán Ahab, la ballena representa:

Todo lo que enloquece y atormenta; todo lo que remueve las entrañas de las cosas; toda la verdad teñida de malicia; todo lo que desquicia los nervios y aplasta el cerebro; todos los sutiles demonismos encerrados en la mente y en la vida; [...] toda la maldad¹. (Melville 1967: 160)

Pues bien, esas torres de Manhattan, como emblemas del imperialismo occidental, probablemente representaban lo mismo para los terroristas. Pero no olvidemos que la monomanía del Capitán Ahab surge, precisamente, de su error; del error de pensar que la ballena significa sólo una cosa; y que puede atravesarla con un arpón y así aniquilar todo lo que representa. Por el contrario, Ismael, el narrador de la novela, considera (de nuevo en el capítulo titulado “La blancura de la ballena”) que la ballena es al mismo tiempo bella y terrible, infernal y celestial, benigna y malevolente —como, seguramente, lo es el mundo occidental.

Nueva York es hoy una ciudad tocada por una herida no del todo cicatrizada. Sin embargo, a esta ciudad que nunca duerme, a esta “casa de la alegría”, según la visión fabulada de Edith Wharton, no le va el papel de víctima, y pese a las presiones exteriores e interiores para que mantenga el aspecto de la “casa del luto”, Nueva York desea seguir siendo la ciudad del nuevo milenio. Es cierto que quizás ya nunca exista una capital del siglo XXI. Es cierto que la feroz urbanización, la desaparición de la historia y un elitismo injustificado la están convirtiendo en una ciudad cada vez más parecida a otras grandes urbes. Pero también es cierto que justamente esos valores fueron los que la convirtieron en una potencia mundial en el siglo XIX. Y, si Nueva York sigue teniendo un alma por la que puedan pasearse los caminantes de la vida y de la literatura, seguro que seguirá llenando muchas páginas de muchos libros aún por escribirse. Porque sigue estando más despierta que nunca.

BIBLIOGRAFÍA

- BOELHOWER, William (1991): “The Making of Ethnic Autobiography in the U.S.”, en EAKIN (ed.), *American Autobiography: Retrospect and Prospect*. Madison: University of Wisconsin Press. pp. 123-141.
- DURÁN, Isabel (2000): “‘Them and Us’: Alfred Kazin and Immigrant Autobiography”, en GONZÁLEZ GROBA, Constante *et al.* (eds.), *Traveling Across Cultures: the Twen-*

¹ La traducción es mía.

- tieth-Century American experience*. Santiago: Universidad de Santiago de Compostela. pp. 215-224.
- HAZLETT, John (1984): "Repossessing the Past: Discontinuity and History in A. Kazin's *A Walker in the City*". *Biography*, vol. 7, núm. 4: pp. 325-340.
- HOKENSON, Jan (1995): "Intercultural Autobiography". *Auto/Biography Studies*, vol. 10, núm. 1: pp. 92-113.
- KAZIN, Alfred (1951): *A Walker in the City*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- MELVILLE, Herman (1967): *Moby Dick*. Primera edición: 1851. New York: Norton.
- OLNEY, James (1972): *Metaphors of the Self*. Princeton: Princeton University Press.
- ROSENFELD, Alvin H. (1981): "Inventing the Jew: Notes on Jewish Autobiography", en STONE, Albert (ed.), *The American Autobiography*. New York: Prentice Hall. pp. 133-155.
- STEINER, George (2001): *Errata, examen de una vida*. Madrid: Siruela.
- WOOLF, Michael (1988): "The Haunted House: Jewish-American Autobiography", en LEE, R. (ed.), *First Person Singular*. New York: St. Martin's Press. pp. 198-216.